

16 Sept. 1960

CRITICA TEATRAL

“CUANDO SE JUEGAN LOS DESCUENTOS”

COMO periodista y libretista radial, Avelino Urzúa ha dado muestras irrefutables de la agudeza de su ingenio y su fino humor. Su talento reside en la oportuna referencia a hechos de actualidad; la mesura con que suele tratar temas que en otras manos serían escabrosos y una indudable y espontánea facilidad para el juego de palabras. Todos estos atributos se encuentran presentes en los numerosos chistes que pueblan los parlamentos de su última pieza teatral. Sin embargo, “Cuando se Juegan los Descuentos” está lejos de satisfacer las exigencias que se pueden formular a una comedia cuya única finalidad es entretener al espectador. ¿Por qué? Simplemente, debido a que el teatro cómico no puede sostenerse sólo en el chispeante ingenio de su autor, expresado por boca de sus personajes. Es preciso, además, que el chiste se sujete de una armazón dramática, que los personajes actúen movidos por una razón preestablecida. En la comedia de Avelino Urzúa, esta razón existe sólo hasta promediar la obra. En la mitad del segundo acto se resuelve el conflicto que el propio autor creara. Lo que sigue son —parafraseando la metáfora deportiva usada por el propio autor— “los descuentos”.

Veamos en qué consiste el asunto. Evaristo y Margarita son un matrimonio sin hijos en los umbrales de los cincuenta años. Ambos se sienten tentados por la juventud, atraídos hacia ella. Evaristo se inquieta por la presencia de una enfermera y Margarita guarda sus últimas coqueterías para Patricio, secretario de su marido. En la mitad del segundo acto, ambos comprenden que sus años les impiden avanzar en estas tardías inquietudes sentimentales. Se conforman. Por su parte, Patricio y la enfermera se han enamorado entre sí. Solucionado el conflicto, la obra debió terminar. Se alarga, en cambio, un acto y medio más. En esos “descuentos” que hace jugar Avelino Urzúa a sus personajes se oyen muchos chistes buenos, pero resultan postizos.

Si un humorista se presentara en un show y contara los chascarros y notas de ingenio que Avelino Urzúa ha puesto en su comedia, obtendría, a no dudarlo, un gran éxito. El humor del autor es de los buenos, pero no justifica que haya escrito una comedia para insertar sus chistes. La interpretación de la compañía, se mantiene en el plano de discreción que ha caracterizado la presente temporada del Teatro Talía. Sobresalen en el reparto Jorge Quevedo y Doris Landy.

Quevedo es un actor que, junto con conocer cabalmente su oficio, tiene el apreciable don de dar un fondo de ternura y humanidad a personajes de caricatura, de endeble caracteri-



Fernando Morales, Jorge Quevedo, Lisette Lyon y Doris Barahona se sirven un cóctel, mientras “juegan los descuentos” en el Teatro Talía.

zación psicológica. Es innegable que las mejores actuaciones suyas las ha logrado en manos de un director que valore y exalte sus amplias virtudes interpretativas. Cuando Quevedo trabaja bajo su propia línea directiva, su capacidad histórica tiende a desvalorizarse y caer en cierta monotonía. Doris Landy interpreta un papel de recargados rasgos farsescos. Lo ejecuta premunida de una gran dosis de entusiasmo, espontaneidad, simpatía y vitalidad, virtudes estas difíciles de encontrar en nuestros escenarios. Por eso la destacamos.

SERGIO VODANOVIC

“ESPERANDO A GODOT”

EL GRUPO “ATEVA”, de Valparaíso, vino a Santiago a mostrarnos su versión de “Esperando a Godot”, la discutida pieza de Samuel Beckett. Es un esfuerzo digno de aplausos, ya que la obra sólo arriba de un escenario obtiene toda su sorprendente fuerza dramática.

Con “Esperando a Godot” se inició una nueva forma en el campo de la dramaturgia mundial. Ionesco, Arrabal y un numeroso contingente de escritores europeos siguieron por la huella que les indicara Beckett. En este nuevo concepto teatral no se trata de contar una historia ni emplear las convenciones teatrales por todos conocidas. Apartándose de la anécdota inmediata, esta nueva corriente de la dramaturgia busca pintar un cuadro del mundo actual con sus caóticos perfiles. El símbolo aflora a cada paso, sin que el espectador logre ir descifrándolo escena a escena. Sólo le queda la deprimente sensación de que en esos fantoches que pueblan el escenario están retratadas parte de las angustias y las miserias de un mundo en transición que parece haber perdido la fe en todos los valores. Pero no nos detendremos en el contenido de “Esperando a Godot”. La pieza sugiere tantas interpretaciones como espectadores la presencien. La crítica europea no ha podido ponerse de acuerdo sobre qué representa exactamente ese “Godot” al que Gogo y Didi esperan desesperanzadamente. Lo importante es que, después de la representación, el espectador comprende que ha sido conmovido en forma recia, haciéndole meditar sobre su condición humana. Es importante, empero, detenerse en la forma que emplea Beckett. Al igual que Ionesco y sus seguidores, Beckett se acerca a lo que podría llamarse el “teatro puro”, esto es, la emoción teatral creada por ritmos y contrarritmos, clímax y anticlímax, sin que el texto, aparentemente, esté diciendo nada. Es un virtuosismo técnico interesante que ha de influir en el desarrollo de la dramaturgia, sea cual fuere la suerte que logren dentro de la valorización literaria las obras de Beckett y sus discípulos.

Por lo hasta aquí dicho, los lectores podrán advertir que “Esperando a Godot” no es obra para público corriente. En Europa y en los Estados Unidos sólo ha obtenido éxito en pequeñas salas, hasta donde llega una minoría de entendidos y “snobs”. Pero representaciones de obras como ésta producen una renovadora sensación en quienes siguen momento a momento el desarrollo teatral. Su elección por el “ATEVA” ha sido, por este motivo, un acierto.

La representación y la puesta en escena son lo mejor que le hemos visto al conjunto porteño. Marcos Portnoy ha realizado una dirección inteligente y sensitiva, aun cuando el segundo acto nos pareció más descuidado, subrayando en exceso los parlamentos que el director consideró claves para la comprensión de la pieza. Pero, en general, el trabajo directivo merece elogio.

En la interpretación alcanzaron una loable discreción Víctor Carlson y Arnaldo Berríos, en los papeles protagónicos. Pero, sin duda, el mejor fue Jorge Arrué, con una desgarradora interpretación de Lucky, quien en su monólogo del primer acto obtuvo merecidos aplausos. Lamentablemente, la falsa y estereotipada creación del actor Silvio Viancos restó homogeneidad al conjunto, haciendo que decreciera la atracción de la pieza en los momentos en que él estaba en escena.

En resumen, “Esperando a Godot” es una pieza revolucionaria que, aquí como en los otros países en que ha sido exhibida, interesará sólo a una minoría. Hay que agradecer al “ATEVA” su audacia al producirla y congratularlo por los resultados obtenidos, considerando que se trata de un conjunto aficionado.

SERGIO VODANOVIC